Acto de inauguración

Presidente:	JESÚS SÁNCHEZ LOBATO	*Decano de la Facultad de Filología* *Universidad Complutense de Madrid*
Participantes:	JULIA SEVILLA MUÑOZ	*Directora de la revista* Paremia
	CARLOS LÓPEZ CORTEZO	*Director Departamento de Filología Italiana* *Universidad Complutense de Madrid*
	ALONSO ZAMORA VICENTE	*De la Real Academia Española*

JESÚS SÁNCHEZ LOBATO

Nos hemos reunido hoy aquí, en el Paraninfo de nuestra querida Facultad de Filología, para inaugurar el *I Congreso Internacional de Paremiología* y honrar en él la memoria del Profesor Pedro Peira Soberón, Profesor que fue de esta Casa e impulsor, a su vez —entre otras líneas de investigación— de los estudios paremiológicos.

Por ello, tengo que expresar mi agradecimiento a todas las personas que han hecho posible este acto, en especial a la Dra. Dña. Julia Sevilla; a todos ustedes, por su presencia y participación y, por supuesto, al Profesor y Académico, Profesor Emérito de nuestra Facultad, Alonso Zamora Vicente, maestro en plenitud de muchos de nosotros, por dictar la lección inaugural en el homenaje al Profesor Pedro Peira en el marco del *I Congreso Internacional de Paremiología*.

Ni qué decir tiene que, como Decano de la Facultad de Filología, me siento orgulloso de poder presidir este acto, por lo que científicamente, a buen seguro, va a significar este *I Congreso Internacional de Paremiología* y, como compañero y amigo de todos Vds., me siento satisfecho de que este *Congreso* constituya un homenaje, merecido homenaje, in memoriam Pedro Peira, compañero y amigo de quien en estos momentos les habla.

Muchísimas gracias por su presencia y participación. Muchísimas gracias, don Alonso, por su presencia.

JULIA SEVILLA MUÑOZ

Muchas personas, al ver que estábamos organizando un *Congreso de Paremiología*, nos preguntaban el motivo. Voy a explicarlo muy brevemente: a raíz de la presentación del número 3 de la revista *Paremia*, en febrero de 1995, en la que intervinieron el Profesor Pedro Peira Soberón, el Académico Valentín García Yebra y el Profesor Jesús Cantera Ortiz de Urbina, el Dpto. de Filología Italiana nos pidió que colaboráramos con él en la organización de un congreso sobre esta materia. Aceptamos y, como al poco tiempo falleció Pedro Peira, le pedimos hacerlo en homenaje suyo, entre otros motivos, por haber sido nuestro maestro en Paremiología y uno de los principales asesores de *Paremia*.

Para nosotros es una gran honor poder contar en este acto con la presencia de Jesús Sánchez Lobato, en calidad no ya de Decano de la Facultad de Filología sino de amigo de Pedro Peira, y con su maestro, el ilustre Académico Alonso Zamora Vicente.

Este homenaje a Pedro Peira se ha convertido también en el homenaje de otros estudiosos de las paremias que no pueden estar aquí con nosotros; nos referimos a María Josefa Canellada, Emilio García Gómez, Luis Cortés, Antonio Castillo de Lucas,... y muchas personas más que hubieran estado muy interesadas en estar aquí. Muchas gracias a todos.

CARLOS LÓPEZ CORTEZO

En cuanto Director del Departamento de Filología Italiana, me corresponde el honor de darles a todos ustedes la bienvenida en nombre de mis compañeros.

Como ustedes saben —y la Profesora Julia Sevilla acaba de decir— la idea de este *Congreso* surgió en el ámbito del Departamento de Filología Italiana y precisamente porque la Paremiología en cuanto disciplina, además de poseer una potente capacidad de convocatoria internacional, era capaz de movilizar la participación de todos o casi todos los Departamentos de una Facultad como la nuestra e, incluso, de otras Facultades de tipo humanístico. Nuestra intención, además de la estrictamente científica, respondía y responde a un profundo deseo, por un lado, de intercambio y comunicación científica internacional y, por otro, de sincera colaboración interdepartamental; buena prueba de que este esfuerzo no se ha visto frustrado es que ustedes están aquí ya y, además, el intenso programa que todos juntos tendremos que desarrollar en estos días.

Está claro que es fácil tener una idea, más difícil es llevarla a cabo. Su realización exige el sacrificio de unas cuantas personas, en este caso, las que han formado el Comité Organizador del *Congreso*, constituido por Profesores de mi Departamento y por quien todos conocemos como el alma de la revista *Paremia*, Julia Sevilla, que es, como acabo de decir, co-responsable de la convocatoria y de la organización del *Congreso*.

Quiero resaltar aquí el trabajo agotador e inteligente de este Comité y también la cooperación generosa y sacrificada de los numerosos estudiantes que están colaborando para que este *Congreso* salga bien.

El hecho de que el *Congreso* se haya constituido en homenaje al profesor Pedro Peira responde a una doble motivación: por un lado, a su condición —como ha dicho la Profesora Julia Sevilla— de paremiólogo y de maestro de paremiólogos —un buen ejemplo me parece que es ella— y, por otro lado, a que el Profesor Peira mantuvo una especial relación con el Departamento de Filología Italiana. De hecho, durante muchos años fue nuestro Profesor de Filología Románica, un Profesor entregado, un Profesor riguroso. Sobre todo quisiera subrayar este aspecto, especialmente abierto hacia los estudiantes, muchos de los cuales lo recuerdan con cariño y devoción.

Por último, quisiera agradecer a todos ustedes su presencia. Sin ustedes nunca se hubiera realizado este *I Congreso Internacional de Paremiología*. Espero que puedan excusar nuestras deficiencias, que desde luego serán siempre involuntarias, y que se encuentren como en su propia casa. Sean todos bienvenidos y, como dicen en Italia, *buon lavoro!*.

ALONSO ZAMORA VICENTE

Los organizadores de este *Primer Congreso Internacional de Paremiología* han juzgado oportuno que yo diga unas breves palabras de bienvenida en este acto inaugural. Me brindan una pintiparada ocasión de hacer presente un viejo refrán «Habla poco, escucha asaz y no errarás». Indudablemente, al no figurar mi nombre entre los cultivadores de tal quehacer, la mínima razón que encuentro para el honor que hoy se me concede es el siguiente: la reunión aparece convocada como homenaje a Pedro Peira, nuestro muy querido colega desaparecido hace ya un año largo. ya en un acto íntimo que, con motivo de su muerte, se celebró en la Facultad de Filología, tuvimos ocasión de recordarle, de exaltar sus limpias cualidades y verle a través del desengaño y la decepción causadas por su ausencia. Hoy, quizá sin citarle y con la presencia y la voz de muchos que no llegaron a conocerle personalmente, van ustedes a desgranar opiniones, hallazgos, plurales orientaciones de pensamiento y de investigación sobre un aspecto de la tradicionalidad que había comenzado a interesar a Peira vivamente. Pude presenciar los pasos que fue dando en el conocimiento del refranero, pasos cada día más firmes, en lecturas diversas, en conversaciones, en instantes deseosos de aclarar el contenido de algunos refranes que, por el cambio del habla y de la realidad sociocultural que les arropaba, amenazaban con hacerse esquivos o crípticos. Fueron diálogos con diversas personas, en los que sobrenadaba la experiencia de María Josefa Canellada (otra gran desaparecida), resolviéndose las dudas en franca risa abierta, bajo la luz del entendimiento total.

Todo anunciaba en Pedro Peira una dedicación fructífera, cuando, en el centro mismo del entusiasmo, la muerte vino a imponer su hielo, su inabarcable distancia.

Todo el mundo sabe con cuánto afán he perseguido —y sigo persiguiendo— la presencia de elementos populares en la literatura española, ese complejo torbellino de hermosuras que ha preferido, con frecuencia, emplear la lengua de la calle para exponerse a nuestra admiración. Lengua de la calle, siempre en estremecido trance creador. En esa lengua, el refrán ocupa un lugar preeminente. Ya hace muchos años que la atención investigadora se detuvo en esta pertinaz aparición, pero quedan muchos tonos de esa vigencia por armonizar. Incluso mucho de cuanto mi generación ha pensado sobre el refrán en los textos literarios debe ser considerado hoy desde diferentes ángulos y puesto en relación estrecha con otros usos de elementos tradicionales: las adivinanzas, los ritos de paso, de fecundidad, las canciones tradicionales. Lograremos otra visión de nuestra historia literaria y lingüística que, no es arriesgado profetizarlo, será mucho más rica que la consagrada.

Yo confío en que de esta reunión surja un cálido, eficaz acercamiento a la realidad espiritual colectiva. Profundizar en la sabiduría popular no es sólo reconocer las señas de identidad de una nación, lengua o colectividad a la que ponemos un adjetivo, más bien un comodín (español, francés, italiano, etc.), sino, simplemente, tropezarnos con las características peculiares de la condición humana, sea cual fuere la situación geográfica, histórica o jurídica o religiosa en que la busquemos. Detrás del refranero —como detrás de la cancioncilla— fluye, con pujanza irrestañable, la contradictoria vida de los hombres, con su alternado jugueteo de síes y de noes, de esperanzas y desencantos. Tarea de todos y de cada uno de los aquí reunidos será ir descorriendo el velo con que las modas eruditas, la ignorancia y la pedantería han ido cubriendo la expresión sentenciosa y oportuna, no universitaria, sino casi «de andar por casa», procurando vanamente eclipsarla, ignorarla por poco sabia, por lateral, por el pecado gravísimo de proceder de bocas no eruditas. ¿Dónde está el saber, en qué consiste eso que llamamos el saber? ¿Quién puede poner fronteras en la actividad humana, en su interioridad? ¿No será mejor esperarle sentados a la puerta, a ver si cuando pase por delante, vale realmente la pena luchar por eso tan equipado de libros y vigilias, y que ha solido llegar a la misma meta que la dolorosa experiencia, innumerablemente repetida, de la vida intrahistórica? «Paciencia y barajar», nos han aconsejado. También nos han animado la prolongada espera diciéndonos que «no hay mal que cien años dure», que «dentro de cien años todos calvos», «el tiempo cura al enfermo, que no el ungüento», etc. etc. Casi parece que la muerte, fin de la aventura humana, no es tan muerta, si le colocamos detrás un refrán: «El hombre muerto no gana sueldo».

Necesitamos, además, que el viejo refranero vuelva a funcionar con plenitud. Muchos me habréis visto no sé si pasmarme o sonreír vagamente ante algunos excesos de la crítica universitaria. por ejemplo, a propósito de algunos textos de Lope de Vega. *El villano en su rincón*, admirable comedia, parece quedarse fuera del espectáculo, en el meollo mismo de su devenir. las tablas se dejan invadir por una nube de delgada tristeza, de gravedad, de llamada a una seriedad última, y nos recuerda algunos aspectos de nuestro paso por esta tierra de nuestros pecados: la fugacidad de la existencia, la inutilidad de tantas y tantas vanaglorias tras que andamos y corremos, la esperanza de una suprema luz. Y nuestra engolada sapiencia, puesta a buscar no sólo las tradicionales fuentes de Lope, sino los tres pies al gato, ha descubierto influjos de... No sé bien cómo atacar la tediosa letanía de los influjos: los padres de la Iglesia, Herodoto, los trágicos griegos, Aristóteles, Solón, Diógenes, Laercio, Ovidio,... Hasta algún contemporáneo, Mira de Amescua, innumerables textos de la literatura ascética... eso, todo eso, en Lope, del que sabemos su horror al cultismo por el cultismo y su especialísima receptividad para todo lo popular. *El villano* —rey en sus pajas— piensa, y es el motivo de tan abrumadoras pesquisas, que con la muerte se llenará bien esa casa, la sepultura, que se ha hecho construir en la iglesia del pueblo, "para después". Siempre he dicho que si Lope, para escribir *El villano*, hubiese tenido que leerse, anotar, discutir, incorporarse toda esa larga fila de textos que la crítica ha descubierto, hoy, en este instante, estaría intentando dar fin al segundo acto y probablemente estaría perdido por no saber cómo desplegar el telón final. No, no hace falta irse tan lejos, tantas horas de biblioteca y soledad. Lope tenía a la mano, en su vida cotidiana, un repertorio de verdades que le ofrecían apoyo y solución, es decir, lo que él, buen español de su circunstancia sabía y creía: «Hasta la fuesa, no hay ninguna buena», «asta que sea

pasado, no digas mal de año». Y está fuera de toda duda que cualquier hablante de español, sea la que fuere la geografía donde viva, dirá mil veces al día: «Hasta el fin nadie es dichoso». Aligerado el refrán de su sentido religioso, primerizo, vemos, sin embargo, que todo cuanto nos rodea es metáfora de la existencia humana (sin la cual las cosas no vivirían), y que, efectivamente, confirmamos que hasta el acabamiento no se puede cantar victoria. A los eruditísimos escoliastas, un refrancillo les resultaría suficiente: «Da Dios bragas a quien no sabe atacarlas». Nosotros seguimos junto a nuestro Lope, siempre llano (lo que tanto irritaba a Góngora), llano incluso en ese ratito de serena, sosegada tristeza.

No muy diferente es la circunstancia de otro escritor verdaderamente excelso: Luis de Camões. En su *Anfitrion*, en un paso conflictivo, dice: *Que nimhuem antes da morte/se pode chamar ditoso*. Es el mismo caso de *El villano*. Camões recurre a la voz erudita, prestigiada, cuando, en su gran poema, se deja arrastrar por una corriente de épica trascendentalidad. Detrás del principio de *Os Lusiadas*, *As armas e os varões assi nalados... cantando espalharei*, está apenas disimulado el guía latino: *Arma virumque cano*, de Virgilio. Sí, esa tonalidad solemniza un camino hacia todos los portentos posibles. Pero el hombre que lucha y sufre, el que padece todas las esquividades de la convivencia, recurre a una cancioncilla tradicional para expresar su nostalgia, quizá su incapacidad para compartir la prevista fama que atrae a los navegantes. Y esa cancioncilla, hoy, desde *Filodemo* nos hace vibrar más hondamente que la pluscuamperfecta acentuación del gran poema:

Quiérome ir, mi madre,
a la galera nueva,
con el marinero,
a ser marinera.

Y la canción aparece reducida a prosa, como hará Cervantes en alguna ocasión con otras canciones. La canción, en español, desempeña una función dramática.

Podríamos seguir espigando aquí y allá. Encontraríamos numerosos casos parecidos. Siempre recuerdo la aparición del éxtasis en los escritos de santa Teresa. «Ya, ya comienza [el alma] a perder el pelo malo». Nada menos que el éxtasis místico, la más alta experiencia que puede soñar un ser humano, se explica con una expresión rural. todavía hoy, «perder el pelo malo», es en el castellano del Amblés, la designación usual de los primeros vuelos de los pajarillos. Levantarse un palmo del suelo, caer, volver a elevarse, hasta alcanzar la libertad del aire. Lope en el *Isidro*, se encara con los ángeles celestiales que bajan a ayudar al santo. Y éste les saluda con «¿Adónde bueno...?», frase con que todavía el labriego al que la televisión no le haya puesto la cabeza del revés sigue saludando a quien se encuentra donde no esperaba. Esos ángeles están a este lado del horizonte. No los busquemos en las grandes bóvedas de la pintura veneciana. Son parientes de aquellos de *La cocina de los ángeles*, de la gran pintura española.

En fin, el trabajo sosegado, atento y continuo nos hará entender mejor el pasado común, a través de frasecillas vivas, enérgicas o endulzadas, pero que están ahí, esperando nuestra atención. Cualquier expedición que hagamos para conocerlas nos enriquecerá copiosamente. «Buena es la nieve que en su tiempo viene», es verdad, pero también decimos que «a la ocasión la pintan calva» y «hay que agarrarla por los pelos». Trabajemos: el refranero está ahí, plagado de maravillosas sorpresas. No nos distraigamos y, despacito y buena letra, entreguémonos al laboreo. Cumpliremos así, de añadidura, con el compromiso erguido ante nuestra memoria: el de recordar al compañero desaparecido, aquel Pedro Peira, joven y entusiasta, cuyo recuerdo nos hace hoy compañía. Una inscripción en la salmantina Plazuela de los Sexmeros nos repite una de esas verdades que llegan de lejos, como de lejos adviene la amanecida o nos sorprende la vejez: «Los que dan consejos ciertos a los vivos son los muertos». Un viejo refrán nos ayuda también en este momento final: «Cuando Dios da llagas, también da el remedio que las sanas». En este momento, las llagas son las ausencias de los colegas que nos han dejado (Pedro Peira, María Josefa Canellada, Luis Cortés Vázquez). El remedio, el trabajo que consuela y ensalza su memoria... Y termino. Anuncié que iba a ser breve y cumplo mi palabra.